

## El delirio de persecuciones (1871)

*Observación LXXXV: Delirio de persecuciones.—Alucinaciones del oído.—  
Temores de pasar por sodomita.—Suicidio.*

A finales del mes de mayo de 1868, una noche, a las once y cuarto, me encontraba trabajando en mi despacho. Estaba solo. Oí que me llamaban y fui a abrir. Era un joven de porte elegante; me pidió que le concediera unos minutos para tratar un asunto con suma urgencia. Hice pasar al extraño, pues su forma de moverse inquieta y misteriosa me hizo suponer inmediatamente que me hallaba frente a algún tipo de alienado. Le ofrecí un butacón y, sin ninguna afectación aparente, coloqué mi lámpara de manera tal que iluminara la impactante fisonomía del visitante.

«Soy X..., me dijo, soy de tal lugar y le conozco a usted bien. He viajado mucho, tengo 30 años y desde mi mayoría de edad he gastado 140.000 francos. Ahora ya no me queda nada y como no quiero dirigirme a mi familia, que sin embargo es rica; me he convertido en estudiante de medicina desde hace 18 meses, pero estudiante por libre. He seguido sus cursos en la Escuela práctica; en varias ocasiones usted me ha hecho temblar. ¡Me ha sido necesario tener la cabeza muy fría, pues usted, de tanto en tanto, transmite cosas, de hecho, conmovedoras! En su última lección, usted se ha fijado en mí de una manera “masónica”, queriendo decir: “te conozco bella máscara”. Usted ha llegado a confundirme, conoce todas las miserias que me han hecho, y vengo a preguntarle el medio por el cual podría, por fin, librarme del “cenáculo de bandidos de la calle Homme-Armé”. Aquellos tipos están unidos entre sí por vínculos clandestinos, subterráneos, mudos, invisibles, pero están en continua actividad día y noche. Hace poco, en el autobús de los Campos Elíseos, el conductor subió tres veces para reclamarme el precio del billete. Era un bandido, y me llamó ladrón. En vuestra puerta, en el mismo instante, había un hombre con una casaca blanca; también era un bandido, y me trató de “pederasta”. Le puede parecer que todo esto es estúpido. Llevo siempre conmigo una pistola. ¡No hace mucho me ardía en el bolsillo!

»Ya he escrito al jefe de policía advirtiéndole de todo cuanto ocurre; pero no me ha respondido. Me gustaría que me dejaran tranquilo. No he hecho mal a nadie, y no veo por qué se me suponen obstinadamente costumbres innobles que no tengo, como espero demostrar con pruebas.

»He leído en los *Attentas aux moeurs*, de Tardieu, que los hábitos contra natura imprimen a los órganos deformaciones características. Yo enviaré una copia auténtica al jefe de la policía, al procurador imperial, al comisario de policía del

barrio de la Sorbona, y de esta manera, al primero que se le ocurra reprocharme en plena calle que soy un descendiente de Sodoma, le haré detener por un agente, o... le parto la cara. ¡Hasta que no dé un escarmiento, eso no dejará de suceder!».

—«Señor, le dije, voy a comenzar asegurándole que no formo parte del cenáculo de bandidos de la calle Homme-Armé. Le aseguro, por otra parte, que para nada le he aludido intencionadamente en la última lección de mi curso en la Escuela práctica; quizás mi mirada haya podido detenerse en usted como sobre cualquiera otro de mis alumnos, pero en cualquier caso mi mirada no tenía de ninguna manera la significación que usted le atribuye. Me parece que está usted muy alterado esta noche, y conviene que vaya a descansar. Está muy próxima la medianoche; despidámonos. Vuelva a verme, si quiere, mañana, a la una del mediodía, y volveremos a hablar. Si puedo hacer algo por usted, estaré encantado. Buenas noches».

Pronunciando estas últimas palabras, ya levantado, había cogido mi lámpara, y continuado con el examen de la fisonomía de mi interlocutor, le conduje hacia la puerta a su pesar, obligándolo a salir casi a empujones. Lo había intimidado y se fue.

Al día siguiente, antes del mediodía, ya se había presentado en mi casa. Yo no estaba. Insistió en entrar; se metió en mi salón para esperarme. A las doce y media llegué y él vino hacia mí. «Nuestra entrevista es dentro de una hora, le dije, y ahora voy a almorzar sin más dilación. Haga el favor de esperarme». «No, yo no espero, exclamó, quiero que usted me reconozca inmediatamente». «Olvida usted que esta única comprobación es insuficiente. Hay otros medios de recobrar la calma; dentro de un instante se los indicaré».

Mi interlocutor se encolerizó, se fue hacia la puerta y me lanzó esta amenaza que era toda una premonición: «¡Me reconocerá lo quiera o no, me libraré de todos los bandidos, y mi familia sabrá que yo no era un sodomita. Es usted quien hará mi autopsia!».

Rápidamente me lancé a perseguirlo por la escalera, con la intención de calmarlo; pero huía con tanta precipitación que pronto lo perdí de vista... Sabía su nombre, pero no su dirección. Tenía una hermana casada con..., pero ¿cuál era su nombre?

Me dirigí al servicio de alienados, en la prefectura de policía, y declaré lo que había ocurrido, pidiendo inmediatamente ayuda y protección para ese desdichado joven, que me había transmitido la impresión de correr hacia el suicidio. Se me aseguró dar curso a mis peticiones.

Las pesquisas terminaron. Al cabo de cuatro días se encontró un cadáver en el Sena, cerca de la parte baja de Meudon: era el suyo. Se le transportó al depósito de cadáveres. Su identidad fue reconocida.

En su último domicilio se encontró un borrador de una carta dirigida al prefecto de policía. Pedía que se hiciera su autopsia, que fuese yo el encargado de realizarla, y que yo mismo redactase para su familia el acta que recogiera todos los detalles.

Se avisó a la familia para que viniera a París. La autopsia no se hizo. El cuerpo fue enviado a su región, donde se efectuó la inhumación.

(Traducción de J. M.<sup>a</sup> A.)